

be.com/user/**Anbu**

/watch?v=/César Francisco Yumán



Índice

@pira_canta	11
@lex214	17
@ngel	21
«Los delitos de Anbu» por Rodolfo Quercus	33
@rod_quercus65.....	35
@rce.plmtm	41
@ngel	45
@lex214	53
@ngel	55
@pira_canta.....	59
@noticiasalinstante	61
@	63
@ngel	71
@lex214	73
@vladimir_27rosales	77
@rce.plmtm	79
@pira_canta.....	81
@vladimir_27rosales	85
@ngel	89
@rod_quercus65.....	95
@lex214	97

@vladimir_27rosales	101
@ngel	103
@r.a.m.a.....	105
@lex214	107
@ngel	109
@r.a.m.a.....	111
@pira_canta.....	113
@rce.plmtm.....	115
@ngel	119
@pira_canta.....	123
@ngel	127
@pira_canta.....	129
@.....	131
@ngel	137

Para mi familia
[en medio de jardines de agua]

*Sabina no conoce nada más bello que ir hacia lo
desconocido.*

Milan Kundera

@pira_canta

Otra vez entré a YouTube. El video era extraño, como todos los de él. El chico tendría apenas dieciséis o diecisiete años. Cubría su rostro con una máscara de Anbu. Todos pensaban que la máscara era de gato o de conejo y por eso, a veces, lo llamaban así. Al menos era una pista para encontrarlo. Su canal se había vuelto una sensación porque de un día para a otro había aparecido en las redes acusando a muchos criminales y proveyendo información para que los policías actuáramos. Al principio fue morbo, pero luego seguimos algunas pistas y logramos resolver algunos casos. Toda la población se agitó, se conmocionó y empezó a seguir los perfiles de Anbu en las distintas redes sociales. Por eso la medianoche, casi siempre de los jueves, era esperada por muchos para saber a quiénes acusaría el *youtuber* de criminales.

Anbu se había convertido en un fenómeno de la noche a la mañana y rápidamente había empezado a tener imitadores, pero sobre todo fanes, que eran innumerables. Muchos lo odiaban, otros lo amaban y algunos más le temían. Su canal fue cancelado varias veces, pero volvía a aparecer con alguna letra o algún punto del nombre cam-

biados. Hasta fue nombrado Anbuoficial. En esta región del istmo nunca antes había habido un *youtuber* tan exitoso como él. Incluso la ONU seguía sus transmisiones. Lo más curioso era que, a pesar de que se enfocaba en lo que sucedía en este país, en esta ciudad, y que muy raras veces hablaba de otras localidades, incluso en el extranjero lo seguían como *show*. Desde luego, su fama era inmensa, así que muchos *youtubers* empezaron a decir que lo conocían y que lo apoyaban para ganar seguidores. Algunos lo conseguían. Otros no. Después, los mismos medios de comunicación empezaron a pronunciarse, algunos a favor y otros en contra. Nadie podía fiarse de Anbu porque era como un fantasma en la red. Sacaba a relucir los delitos que muchos cometían e intentaban ocultar y nadie podía decir quién era, de dónde venía o qué quería. Hasta los de Anonymous tuvieron que comunicar que no eran ellos, pero que, desde luego, respetaban su labor. Muchos otros lo acusaron de ser un agitador que solo deseaba derribar el sistema. Anbu contestó en algún video que no deseaba acabar con el sistema, que solo quería acabar con la corrupción y que para eso era necesario que los criminales recibieran su merecido. De alguna manera esto era cierto. Con las pistas y las denuncias, prácticamente públicas, nos había hecho llegar muchas evidencias a mí y a la Policía en general.

El *rating* era impresionante. Cada uno de sus videos sobrepasaba las 500 000 reproducciones y los 20 000 *likes* (y recibía solo unos cientos de *dislikes*) en pocos días. Esa era la quinta vez que abría el canal. Seguramente un

criminal menor lo había reportado por miedo a ser denunciado públicamente. Porque los verdaderos monstruos no harían eso: los verdaderos monstruos querían encontrarlo. Querían sacarle toda la información que pudieran, pero ante todo querían saber de dónde la obtenía.

Yo estaba confundida. Mi trabajo consiste en capturar a los delincuentes, y ahora me habían asignado arrestar a Anbu. Pero este contaba con demasiados seguidores. El chico no me parecía un mal tipo, así que no sabía qué hacer. Mi trabajo es arrestar a los criminales y él, en cierto modo, estaba rompiendo algunas leyes. No obstante, sospechaba que mi superior había sido sobornado para acusarlo de algo y arrestarlo. Lo cierto es que al agente Arce y a mí se nos había asignado la tarea de averiguar quién era Anbu y llevarlo a la cárcel.

Hace varios años tuve su edad y no sé si habría tenido el valor de crear un canal y de desenmascarar a los delincuentes aun con una máscara puesta. El caso del robo del banco tenía muchos cabos sueltos, y él había proporcionado la ruta que los asaltantes habían seguido antes de esconder el dinero. Horas después los detuvimos en las fábricas abandonadas. No sé cómo Anbu lo supo con tanta certeza. Un compañero policía dijo que seguramente había sido pura deducción y que con un poco de tiempo él mismo lo habría deducido también. No le creí, pero era una posibilidad.

La aguja del reloj marcaba más de la medianoche. Una nueva transmisión en vivo. En el fondo rojo apareció Anbu. Vestía otra vez ropa negra y su máscara blanca. Su

cabello gris definitivamente no era natural. Además, no distorsionaba la voz. Confiaba demasiado en el efecto de la máscara, lo cual era una falta de profesionalismo. Otra pista. Al principio guardó silencio frente a la cámara y así hizo tiempo para que más usuarios se conectaran. Después dijo que no esperaba más para dar la información, que ya contaba con suficiente audiencia. Revisé el dato. Había cientos de personas conectadas. Era una especie de *rockstar* en las redes. Muchos lo saludaban y le escribían. Algunos pedían que les enviara saludos. Yo estuve tentada de interactuar con él, pero supuse que, entre los miles de comentarios que estaba recibiendo, el mío se perdería sin ser leído.

Intenté ver algo detrás, en el fondo, pero todo era rojo. No podía sacar otra pista de allí. Pero sin duda se trataba de un adolescente. Eso era obvio: sus brazos delgados y sus manos jóvenes lo delataban. Esta vez les habló a sus seguidores de la importancia de que compartieran la información que él ¿amablemente? proporcionaba. Después nos habló específicamente a los policías (nosotros) sobre tomar en serio sus palabras. Por último se dirigió a sus enemigos (¿también nosotros?) para afirmar que ya sabía que en la portada de los periódicos del día anterior (ya era más de medianoche) había aparecido la foto de Maximiliano Grewia, indudablemente un delincuente, pero que con él debería estar también en la cárcel el alcalde de la ciudad. La audiencia se volvió loca. Todos escribían cosas que seguramente nadie podía leer. Fue tan rápido que apenas alcancé a ver algunos mensa-

jes: «WT?», «OMG?» y «OOMG???»), entre tantos otros que llegaron a la pantalla. Pronto subiré el video con la información, prometió a sus seguidores. Se acercó a la cámara, pero no pude ver sus ojos, pues su máscara era muy oscura. La luz se agotaba allí. La palabra Anbu se escribió mientras el fondo se volvía negro y él desaparecía.

Me levanté (tenía sueño) y me preparé un café con leche deslactosada. Pensé en el agente Arce, mi compañero. No podía confiar en él. A veces lo veía como un tipo corrupto y otras como un tonto muy inteligente, pero nunca como un policía. Quizá estoy loca por desear que se cumpla la ley en un país tan peligroso. Nadie de mi familia entendió cuando decidí inscribirme en la Academia de la Policía. Hay demasiados criminales y pareciera que se multiplican todos los días.

Esa noche tenía mucho sueño, pero volví a mi *laptop*. Le di un trago a mi café y empecé a revisar de nuevo el video de la transmisión. Definitivamente era un chico. Podría estar en la secundaria, muy probablemente terminándola, o quizá en el primer año de la universidad. En todo caso, no parecía cumplir con el perfil. Anbu debía de tener mucho tiempo libre. Esa era una pista. Además, era probable que en los miles de comentarios también encontrara alguna otra pista, quizá alguien hablando con él en código. No todos los mensajes se pierden en internet.